LIBERTAD PARA LAS ESCLAVAS SEXUALES DE LA GUERRA EN UGANDA

GULU, UGANDA (SEP).- En los últimos veinte años Uganda ha sufrido uno de los conflictos más sangrientos y silenciados del continente africano. Casi 2.000.000 de desplazados, 120.000 muertos y entre 20.000 y 40.000 niños y niñas soldado es el resultado de estas décadas de enfrentamientos entre el gobierno ugandés y el rebelde LRA (Ejército de Resistencia del Señor).

Tras haber estudiado Cooperación en la Universidad de Nairobi, la hermana Rosemary Nyrumbe desembarcó en la ciudad ugandesa de Gulu en el año 2003 para hacerse cargo de un prestigioso colegio privado. Como la mitad de las aulas estaban vacías decidió que pondría en marcha un proyecto para brindar asistencia a las víctimas de la guerra. Poco tardó en comprobar que quienes más ayudan necesitaban eran las mujeres que habían sido esclavas sexuales del LRA, ya que sus familias las rechazaban, viéndose así obligadas a vivir en las calles y mendigar.

Las niñas que viajaban en la noche de Uganda sólo tenían dos destinos: ser putas o ser mendigas. Hasta que llegó Rosemary, un óvalo regordete de piel oscura envuelto en una toga blanca. Sor Rosemary Nyrumbe es una monja coraje, una de esas "mujeres que cambian el mundo" y que está ayudando a salvar de la noche ugandesa a muchas adolescentes.

En ese país africano, las madres dormitan por el día. Cuando la Luna sale, cogen a sus hijas e inician largas travesías, viajes sin más sentido que volver a casa al amanecer. Porque las madres saben que todas las noches guerrilleros del Ejército de Resistencia del Señor entran en las casas donde hay chicas jóvenes, niñas. Ellos son unos iluminados en lucha contra el Gobierno ugandés que dicen basar su guerra en los verdaderos diez mandamientos de Dios. Con esa excusa, han matado, violado, maltratado y convertido en niñas de la guerra a 20.000 criaturas en los últimos veinte años. A las pequeñas les daban un Kaláshnikov y las obligan a disparar con esa arma a sus padres, hermanos y amigos. "Elige entre su vida y la tuya", conminaban los guerrilleros antes de llevárselas.

Rosemary deja claro que, entre los miles de pequeños soldados de piel oscura y mirada sumisa, ellas fueron las mayores perdedoras. Por eso disfruta cuando ahora las ve vendiendo fruta en los mercados. La guerrilla les enseñó a matar, las utilizó como esclavas sexuales, ellas eran entregadas como recompensa militar para los viejos comandantes. En la actualidad tienen menos de veinte años y sus familias no quieren verlas.

Uganda ha sufrido uno de los conflictos más sangrientos de África. Entre 20.000 y 40.000 niños y niñas han sido reclutados como soldados o explotados sexualmente. Rosemary Nyrumbe ha dedicado su vida a rescatar a estos menores.

OBJETIVO

En el programa de acogida de la escuela de Santa Mónica, en la ciudad de Gulu (Uganda), "han pasado de un mundo de armas y de vejaciones a una vida familiar donde bailan, cantan y aprenden a ganarse la vida", ilustra Rosemary sobre su vida diaria.

Allí, junto con veinte voluntarios más, enseñan a los chicos a leer y a escribir, también les dan talleres de costura, informática, secretariado y hostelería. Incluso, entretienen sus inocentes manos en moldear arcilla para hacer utensilios de cocina que luego venden en el pueblo. También organizan cáterin para las personas de la comunidad y ofrecen conferencias: "Así ellas se sienten seguras, útiles; algunas luego tienen suerte y son contratadas". Varias de las niñas de Rosemary ya trabajan en los mejores hoteles de Uganda y se mantienen económicamente. Otras tantas han puesto su propio taller de costura. "Los colegios de alrededor nos demandan los uniformes y las chicas de la escuela a veces no dan abasto, pero se sienten muy afortunadas", dice Rosemary.

Se le acristalan los ojos contando que sus enseñanzas culinarias resultan útiles para que las jóvenes trabajen luego como cocineras. "Hay días en los que algunas de las niñas que han salido del programa visitan la escuela y llevan regalos de agradecimiento: pollos, fruta o ropa", narra emocionada.

Para las chicas es difícil olvidar el colegio que las acogió y donde rieron escenificando obras de teatro, tocando instrumentos y jugando al fútbol. Atrás quedó la contienda, la pólvora, la sangre y los abusos. Rosemary Nyrumbe es consciente de que aún quedan muchas astillas clavadas, muchas heridas por sanar; pero, mientras sus brazos tengan fuerza, seguirá trabajando para hacer de ellas supervivientes de su propia vida.

LUCHA Y SUPERACIÓN

"Es extraordinaria la capacidad de lucha y superación de estas chicas. Siento un profundo respeto por ellas. Después de todo lo que han sufrido, tienen la fuerza para seguir adelante", dice Rosemary, que también ha creado una guardería y una escuela para los pequeños de estas jóvenes. La mayoría, hijos que tuvieron con los soldados del LRA. Esos niños que con tanto ahínco trabajan por hacer progresar, por darles una vida digna, aunque son también un constante recordatorio del horror que sufrieron.

Un buen número de estas niñas vuelve y no encuentra a sus familias nunca más, y aquellas que las encuentran a menudo no son aceptadas de nuevo porque la mayoría de las familias creen que los niños traen mala suerte o mal presagio después de los asesinatos y atrocidades cometidas. Además, en la mayoría de los casos, las niñas vuelven con hijos fruto de sus relaciones con los comandantes rebeldes y traen consigo otros problemas económicos a las familias a los que ya de por si se están enfrentando.

"Una noche llegaron los guerrilleros a la aldea y me llevaron junto a otras niñas. Ya en el camino hacia Sudán mataron a varias delante nuestro para asustarnos.

Al principio cualquier soldado tenía sexo conmigo. Sólo me agarraba y me llevaba a la choza. Hasta que tuve un hijo con un soldado. Y me hizo su mujer. Cuando él murió en combate, me casaron con un comandante muy viejo que tenía siete esposas. Con él tuve otro hijo. Era un hombre muy malo. Un día, aprovechando que nos estaban atacando las tropas del ejército, cogí a mis dos hijos y me escapé. Caminé cuatro días a través de la selva sin comer hasta que logré llegar a mi casa". Con estas palabras comienza Alice a narrar su desgarradora historia. Durante diez años estuvo en manos del Ejército de Resistencia del Señor (LRA), la mencionada guerrilla mesiánica que desde hace dos décadas aterroriza a los habitantes del norte de Uganda.

Gracias al trabajo de organizaciones como la suya, ¿se ha extendido en los últimos años el uso de profilácticos por parte de los jóvenes africanos para prevenir el sida? En el marco de la guerra, el uso de profilácticos en muchas ocasiones no funciona, en el sentido de que la gente joven está expuesta a muchos problemas como las violaciones, violencia sexual y matrimonios forzosos, obligadas a la prostitución debido a su vulnerabilidad al no poder defenderse o protegerse.

Debido a todas estas situaciones, nuestro proyecto ha incluido atención sanitaria como una de nuestras principales prioridades. Queremos encontrar modos de permitir a esas mujeres acceder a estos servicios de atención sanitaria al mismo tiempo que reciben formación.

"Queremos que las mujeres accedan a servicios de atención sanitaria al mismo tiempo que reciben formación", termina diciendo esta esforzada mujer.